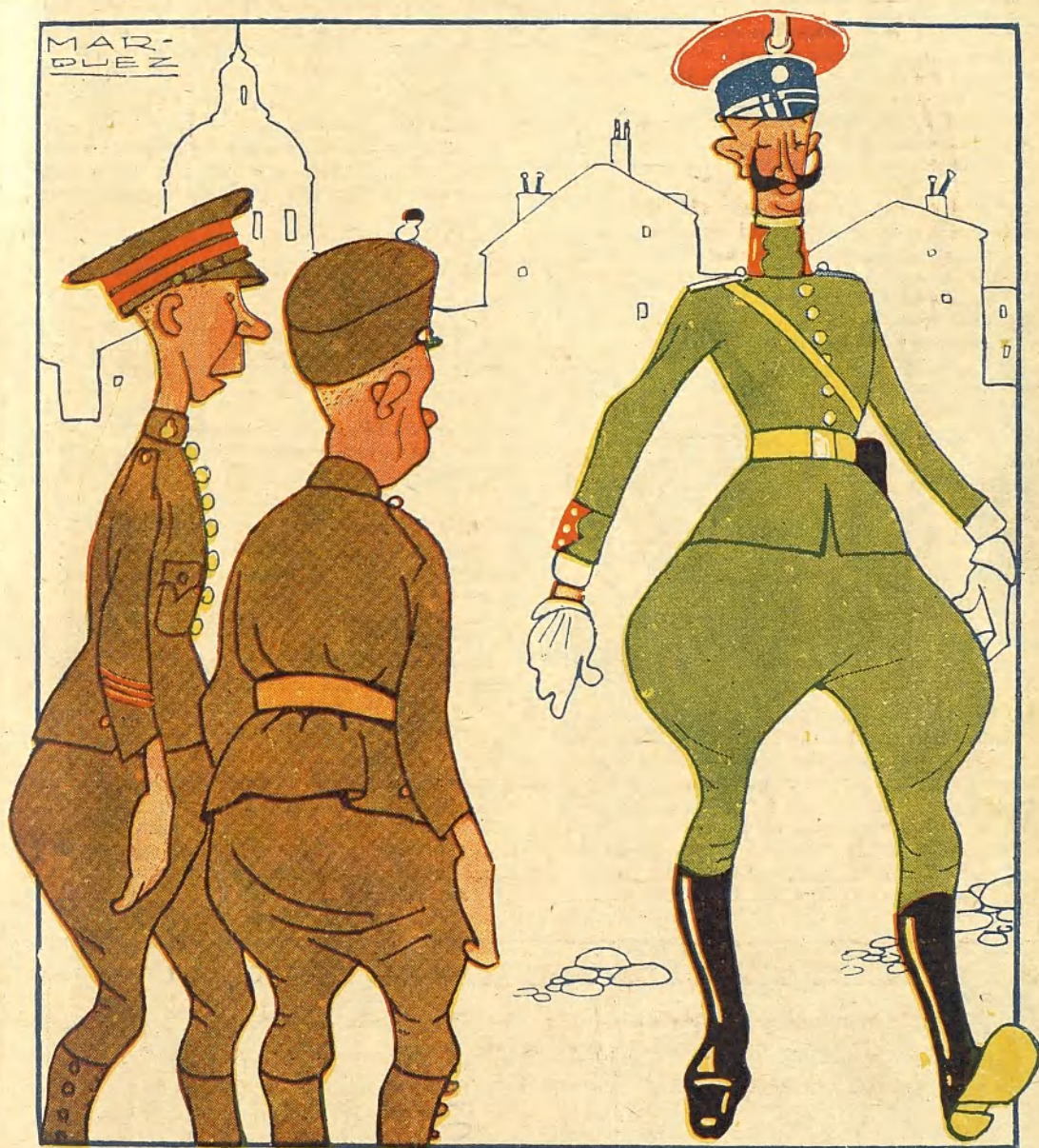


19 agosto - 37

Ho

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

La Risa



30
cént

- ¿Que es un civil, dices?
—Sí, hombre, sí; ¡qué «iznorante» eres!
—¡¡Pues debe ser de cuota!!



A VUELTA DE CORREO



A LOS ESPONTANEOS

No se devuelven los originales ni se mantiene conversación ni correspondencia acerca de ellos.

De la admisión o exclusión de los mismos se dará cuenta «exclusivamente» en esta sección.

Serán preferidos para su publicación los dibujos que se ajusten a los tamaños de 29 de alto por 10 de ancho o 23 de ancho por 9 de alto (se refiere a centímetros) y los artículos que sean breves.

Unos y otros deberán venir acompañados del cupón correspondiente, y los autores que deseen cobrarlos lo harán constar en el mismo original, así como los nombres, señas y residencia de los mismos y deberán llevar una sola firma.

Diríjase los originales al apartado 7.002.

Todo trabajo que no se ajuste a estas condiciones quedará sin contestación y será inutilizado.

Gacil de Aisana. Madrid. — *Noctambuleando* se publicará; pero el verso chulo, no, porque se ha abusado mucho de las chulerías.

Fernando de Santillana. Madrid. — Su aéc-dota se publicará.

Joaquín Granados. Valencia. — *En defensa de su equipo* es ineficaz por completo.

¡Como todos los defensores fueran como usted, pobre gazzate de un real...

José Schumann. — Su anterior cuento, titulado *Cuentecito cañí*, tenía gracia el asunto, y por eso se publicó, aunque aquí hubo que arreglarlo y despojarle de las faltas de ortografía y de otras faltas gramaticales.

El indulto, en cambio, no puede pasar de ningún modo, porque ni siquiera tiene gracia, y lo hemos condenado a la última pena.

El amigo Tedday. Madrid. — Sus *Pascuas y curiosidades* pueden tener mucha más gracia si las cuida usted más. Las que ha enviado, no obstante, se publicarán, y también su *Averiguador universal*.

El diablo negro. Madrid. — Comprendo que pase usted las negras para estrenar la obra cuyas escenas nos quiere usted colocar a nosotros. ¡Como que maldita la gracia que tiene!

Dolfos. Lisboa. — Admitidos sus dibujos.

Monteblanco. Madrid. — Hay que apretar, joven, hay que apretar. Daremos uno para que no diga usted que somos intransigentes.

Altamiranos. Madrid. — ¿Sus dibujos son para la sección de matatiempes?... porque aquí no les entendemos nadie.

Sanghay. Madrid. — La *Fiesta mayor* en Villapeláñez es un asunto que ya lo han publicado con más gracia que usted Taboada, Bonnat y otros.

Además no admitimos ni publicamos nada con seudónimos.

Bueno es que tenga en cuenta, también, que sólo abonamos los trabajos de los espontáneos a partir del segundo, con arreglo a la tarifa que tiene la Administración.

Enrique Eguidarez. Bilbao. — ¡Caray con el verso libre que usa usted! Mas que libre es volchevique, o mejor dicho, y para qué vamos a andar con rodeos, es una majadería libre, lo mismo que el otro cuento que nos envía. A otra cosa.

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

Madrid, provincias y América.

	Pesetas.
Trimestre.....	3,80
Semestre.....	7,20
Año.....	15,60

Extranjero.

	Unión postal.	Pesetas
Trimestre.....		4,80
Semestre.....		9,60
Año.....		19,20

Las subscripciones empezarán con el primer número de cada mes.

Los suscriptores tendrán derecho, sin aumento de precio, a los números extraordinarios que pueda publicar LA RISA.

Diríjase toda la correspondencia al apartado 7.002.

REGALO A NUESTROS NUEVOS SUSCRIPTORES

El éxito creciente que de día en día alcanza LA RISA, cuyo número de suscriptores aumenta considerablemente, y siendo muchos los que desean tener la colección completa de los números publicados de tan amena revista, ha hecho que la Empresa, respondiendo a ese favor constante del público, y para atender a los infinitas peticiones de números atrasados que se les hacen, haya reimpresso los que estaban agotados, formando NUMEROSAS COLECCIONES, COMPLETAS que pone a disposición del público.

A este efecto se regalarán

500 colecciones completas de LA RISA

a los primeros 500 nuevos lectores que, a partir del mes de agosto, abonen la suscripción de un año cuyo importe es de

Quince pesetas y sesenta céntimos

para los de Madrid, provincias y América, y de

Diecinueve pesetas y veinte céntimos

para los del Extranjero, y cuyo regalo recibirán en el acto de hacer efectivo el importe en nuestra Administración los suscriptores de Madrid, y se le enviará a vuelta de correo a los de provincias y el Extranjero, una vez recibido aquí el giro importe de la nueva suscripción, o contra reembolso si así lo desean y lo hacen constar en el adjunto boletín.

LA RISA

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D. habitante en
..... provincia de calle de
..... núm. desea suscribirse por un año (1)

EL SUSCRIPTOR.

..... de de 1923.

(1) En este hueco se pondrá: «Remitiendo su importe de pesetas en giro postal» o «Abonando el importe al recibir el envío contra reembolso».

CONCURSOS DE "LA RISA"

Para dar variedad a esta sección, admitiremos anécdotas graciosas ocurridas a personas conocidas de la antigüedad o contemporáneas, para alternar su publicación con los piropos, en las mismas condiciones que éstos.

Para tener opción al premio de DIEZ CINCUENTA PESETAS es condición indispensable que los piropos se ajusten a las «Bases del concurso para caballeros» publicadas en los números 14 y 16 de este semanario.

Los PIROPOS deben venir escritos en papel aparte; pero siempre acompañados del cupón.

Dos advertencias que no deben olvidar los que nos envían PIROPOS para publicar en esta sección:

Primera. Que el crecidísimo número que diariamente se reciben, obligan a guardar turno para su publicación.
Segunda. Que la gran cantidad que hay que rechazar por inmorales, injuriosos o por carecer del correspondiente cupón, no puede merecer el honor de contestar a cada autor en la sección de «A vuelta de correo», porque ello agotaría por completo el espacio dedicado a esta correspondencia.

—Reina: Si será usted hermosa que le tiene envidia Granada y su Alhambra.

(Piropo premiado.)

ROMÁN.

PIROPOS RECIBIDOS

—Me pasa con usted como con la moneda, que no sé si me gusta más la cara o el... escudo.—RAMIRILLO EL DEL VATI.

—Bonita: Por usted sería capaz de pasar-me todo el invierno en el fondo del mar.—CASTILLITO.

—Carina: Sus besos producen más ruido que las cataratas del Niágara.—PORTEÑITO.

—Oiga usted, joven: ¿Se necesitan muchas fuerzas para conquistarla?—ENRIQUE SORIA.

—Nena: Tiene su cuerpo más gracia y admiradores que el Salón de Humoristas.—PIPA.

—Si el Gobierno se enterase de lo que me hace usted penar, me concedía la medalla de Sufrimientos.—A. BILBAO LECANDA.

—Gitana: ¿Quiere usted prestarme un ojo, que me han hecho guarda de un túnel y no tengo farol?—UN OBRERO.

—Merenguín: ¿Han desaparecido los apaches? ¡Zás, qué joya!—PORTEÑITO.

—Con la sal que usted tiene hay bastante para salar las siete partes del mundo. A. BILBAO LECANDA.

—Morena: Es usted más bonita que la libertad de un preso.—BLAS P. E.

—Con sus ojos era yo capaz de examinar el firmamento en un día de niebla y ver si el sol tiene manchas.—A. BILBAO LECANDA.

—Eres tan curiosa como la mujer de Lot; por eso Dios te ha convertido en estatua de sal.—CARLITOS TEJEDOR.

—¡Qué alcázar más bello para un alma grande!—DOCTOR BURGOS.

—Niña: Por una caricia de usted, soy capaz de ir a almorzar a «Casa Juan», ¡que ya es exponerse!...—RAMIRILLO EL DEL VATI.

—¡Qué ojos, negra! Y los ingenieros, locos con los saltos de agua buscando el flúido.—CARLITOS TEJEDOR.

CUPÓN
NÚMERO

26

Para acompañar a todo piropo, trabajo literario o dibujo, sin cuyo requisito no será admitido.

(Este cupón sirve para un solo trabajo.)

—Negraza: Tiene usted más hechuras que «Tabernerito» dando pases naturales. ¡José! RAMIRILLO EL DEL VATI.

—Hermosa: La diosa Ceres, comparada con usted, es un simple polichinela.—M. GONZÁLEZ.

—Pero, ¿en qué concha se habrá criado esta perla, Dios mío?—PIPA.

—Ricura: El último barbero que afeitara a San Pedro será el que tenga la dicha de peinarla a usted primero.—PORTEÑITO.

—Rica: Por lo que usted más quiera, míreme con esos ojos, que me ha mandao el médico baños de sol.—EL LECHERO.

—Adiós, lucero del alba: Es usted la mujer más bonita que hoy existe en toda España.—CASTILLITO.

—Monada: No entre usted en el templo, porque... se va a quedar sola.—PORTEÑITO.

—Oiga usted, guapa: Es usted más salada que las aguas del Atlántico.—M. GONZÁLEZ.

—¡Guardia, a formar! Vaya con Dios la flor de la canela, el lucerito más relumbrante del firmamento, la clavellina más perfumada de los jardines de Andalucía, el cachito de cielo que se dejó olvidado el Padre Eterno en la tierra y la Virgen que Murillo no pudo pintar. ¡Adiós, salá!—MANUEL FONSECA.

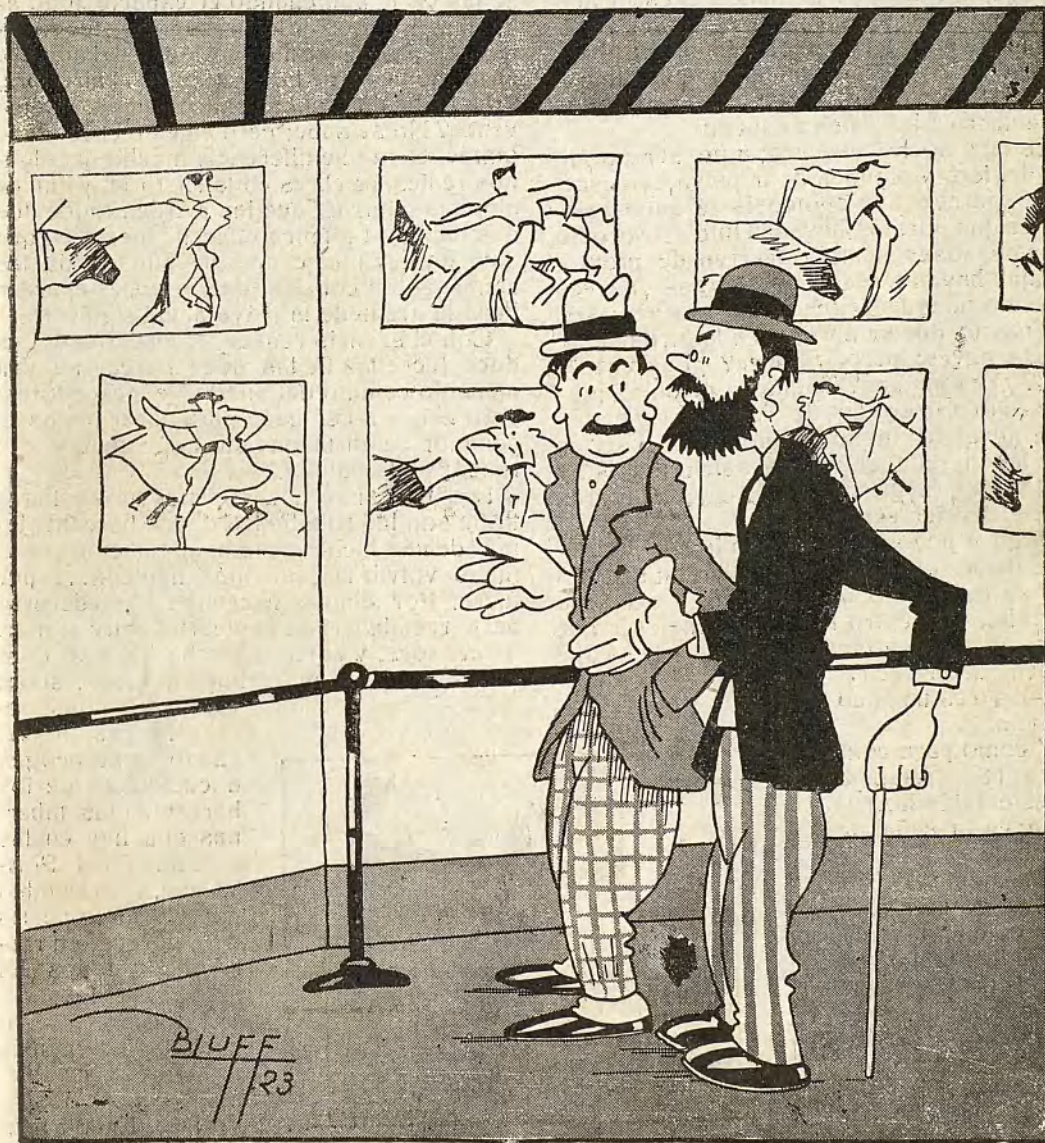
La Risa

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

: DOCTOR FOURQUET, 4.—MADRID :

APARTADO 7.002. — TELÉF. 30-76 M.

SEMANARIO HUMORÍSTICO :: SE PUBLICA LOS DOMINGOS



—¡Bueno! Todos, en general, están muy mal; pero aquél de arriba, ¡oh!, aquél es matador.

Dibujo de BLUFF.

UN COMBATE NAVAL

Aunque la guerra europea se acabó hace años, los combates continúan.

Yo, y conmigo cuantos se encuentran ahora por estas latitudes, he asistido la otra noche al encuentro entre dos fuerzas navales enemigas, con sus disparos, su humareda y todo lo que trae consigo una batalla. Claro que todo esto lo hemos presenciado desde un lugar seguro: la terraza del Casino Municipal, terreno absolutamente neutral, donde no es de temer ninguna agresión, siempre que se tenga la precaución de no entrar en las salas de juego.

Es una noche oscura; a no ser por la luz del faro y algunas de la playa, el escenario parecería la apoteosis de unos calamares que además llevasen luto. De pronto —estas cosas siempre ocurren de pronto, aunque hayan tardado dos horas—, se ven al fondo unas lucecitas que se mueven: son los navíos que se aprestan a la lucha.

Las naves; pero, ¿cuáles? ¿Las enemigas? ¿Las amigas? Todas en pelotón, porque en lo primero que se distingue este combate naval luminoso de uno en serio es en que los barcos enemigos salen juntos, y juntos van hasta que ya, frente a la gran playa, deciden separarse.

Poco a poco se va viendo lo que podríamos llamar dislocación de fuerzas: seis luces se colocan a la izquierda, y seis a la derecha. Pasa otro rato; unos ingleses que hay a mi lado pronuncian unas frases que deben querer decir:

—Esto es un poco pesado.

Y como para contestarles, retumba un estampido horroroso: es la señal de combate.

Realmente debía tener algo de diabólico el que inventó esto de los fuegos en el mar, porque del mar, sobre todo en una noche oscura, espera uno ver salir todo: una ballena, el cuerpo de un ahogado, un tenor que viene en una barca: todo, menos una vistosa colección de fuegos artifi-

ciales, frase consagrada en los programas.

Y en este caso nadie puede convencernos de que los ramilletes, la lluvia de oro, los voladores, las agujas y las plantas luminosas, que luego, al caer, se hacen lloronas, no salen del mar mismo. Como las barcas que las disparan son pequeñas y no se las ve ni aun cuando el espacio todo se ilumina, muchos de los trazados de fuego parecen las plantas mismas del fondo del mar que en un momento se han escapado al aire libre.

La lucha dura unos veinte minutos. ¿Quién vence? No se sabe; pero en esto el combate fantástico no se diferencia mucho de algunos reales, célebres en la Historia, y aun de algunas guerras, que las pierden todos los que luchan. La única diferencia está en que aquí no hay más cadáveres que los de las cañas de los cohetes, de los cuales aparece llena la arena de la playa al día siguiente.

Con el silencio renace la obscuridad. Las doce lucecitas de las doce barcas se van alejando camino del puerto de pescadores; pero ahora no se unen para hacer juntas el camino: se diría que dura aún en ellas el rencor de la batalla.

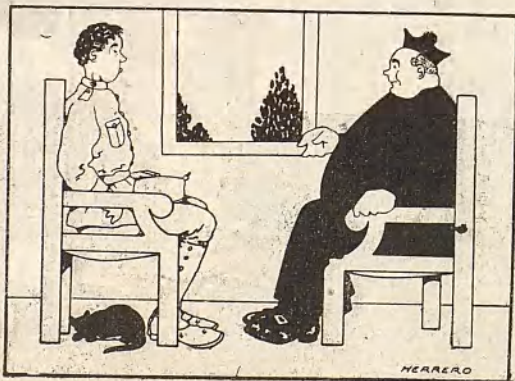
Los que sí se unen apenas pisan tierra firme son los tripulantes de las barcas. Jamás de una lucha y una manipulación con el fuego volvió la gente más húmeda... por fuera. Por dentro necesitan humedecerse para restablecer el equilibrio entre ambas humedades, y como la noche ha sido dura y en alta mar siempre hay agitación, sobre

todo para unas pobres barcas, los luchadores se acogen a cualquiera de los bares y de las tabernas que hay en las cercanías del Port-Viense, y allí brindan por el triunfo de todos, porque, en realidad, de todos ha sido el triunfo.

Así acaban, aunque un poco más a la larga, muchos combates de los de verdad. En ese sentido el simulacro ha sido perfecto.

JOAQUÍN BELDA

Blarritz, agosto, 1923.



—Tú, al empezar un combate, ¿no sentías una fuerte opresión en el alma?

—Le diré: al empezar un combate, lo que yo sentía en el alma era no poder estar a mil leguas de allí.

Dibujo de HERRERO.



LA «BACANAL» DE PERRA GORDA

PARA los madrileños que se quedan en la corte ha surgido un conflicto horrendo: el de la escasez de sillas alrededor del quiosco durante las noches de concierto por la Banda municipal.

La gente, en número de varios millares—más de treinta, según cálculos de los empleados con permiso, que no tienen otra cosa menos molesta que hacer—se prensa allá en Rosales, y toma las sillas por asalto, y se lleva el botijo, el nene, el gato, un libro y la maquinilla para afeitarse. A las ocho de la noche ya no queda una silla vacante. Y como el concierto no comienza hasta las diez y media dadas, esto es, dos horas más tarde, aquellos sitios ofrecen un conmovedor espectáculo de campamento, de ciudad sitiada, de vida patriarcal al aire libre.

Sólo en la coronada villa, donde no hay nada que no sea pintoresco, podía sospecharse tal espectáculo. Cada silla, cada grupo, es un tierno fragmento de hogar. Las señoras remiendan, los esposos, en camiseta y babuchas, leen; los chicos roncan... Se ven pechugas al aire, y pelambres hirsutas que asoman por encima de la elástica, y medias caídas, y restos de cena, y papeles grasientos. Huele y no a ámbar. En Numancia, cuando los romanos, no se vió con fusión igual. Los cobradores de las sillas pasean por aquella aglomeración de naufragos con aquella seguridad que solamente a los encargados de recoger dinero les ha concedido la Providencia.

Ellos, en suma, han sido los primeros en comprender que la culpa de todo—visto que otros treinta mil espectadores se quedan sin asiento—la tiene el precio de la silla. Por diez céntimos se adquiere el derecho de dormirse oyendo *Parisifal*, con el botijo al lado y sin parásitos. Así, todo el mundo de López Silva, y de Taboada, y de Agustín Bonnat se echa a la calle en cuanto cae el sol, y formando caravanas toma posesión de las sillas de Rosales. La diversión y el recreo de cada familia, por numerosa que sea,

no pasa de cincuenta o sesenta céntimos. Aunque apriete mucho el calor, este gasto puede soportarse.

Una Comisión de vecinos ha pedido al alcalde mayor que les permita llevarse a Rosales los colchones, y si lo consiente, aseguran que la música será escuchada religiosamente, con la religiosidad de los que se duermen a pierna suelta.

TODO EL MUNDO CON ASIENTO

Así mismo tenemos noticias de que entre la gente pudiente que por causas ajenas a su voluntad no sale este verano, se ha constituido una sociedad que piensa ir de cervicería en café, y de café en taberna, solicitando puestos en las terrazas. A estas horas todas las terrazas, trozos de acera y zona de penumbra que hay en Madrid delante de cualquier establecimiento de bebidas, están intránsitables y ocupados a viva fuerza. En las sillas se sientan los hermanos uno encima del otro, y esto no se tolera a los novios porque no se tienen seguridades de que el orden subsista. Debajo de los veladores hay seres misteriosos agazapados frente a un vaso de horchata. La gente bebe, suda y torna a beber; pero no deja su asiento por nada de este mundo, sino hasta bien madurita la madrugada.

Y lo horrible es ver esas Comisiones de individuos exánimes, congestionados, con «la lengua fuera y las orejas gachas», que van de un punto a otro pidiendo, por el amor de Dios, un puesto para sentarse y refrescar. Algunos han ensayado el recurso de gritar: «¡Fuego!»; pero el número de sillas desocupadas ha sido siempre escaso. Otros buscan fuertes recomendaciones desde el día anterior para que se les facilite un velador y un par de sillas. Hay familias amigas que lo toman a escote y por turno; de suerte que a una de ellas les toca beber limón de diez a doce, y la otra se dedica a lo helado de doce en adelante. La hora del relevo de estos grupos es enternecedora y de bonito efecto. La presencian infinidad de esos desgraciados que

pululan por las calles de la corte en grupos blasfemadores y polvorientos.

Según parece, a unos cuantos empleados de cierta categoría se les ha ocurrido la idea de subvencionar una pequeña orquesta que va por las terrazas tocando *La montería*. Como son ya tres—los únicos que hay abiertos—los teatros donde se canta esta obra, por lo visto muy gustada, y desde hace dos años todas las fregonas la berrean en los patios y fuera de los patios, estos busca-asientos han creído que algún señor neurasténico, al oír de nuevo el *¡Hay que ver!*..., huiría en busca de paz. Sin embargo, el resultado ha sido nulo: ¡Es mucho verano este!

E. RAMÍREZ ÁNGEL

¡AQUELLA TARDE!

La tarde que don Antonio Maura me llamó para nombrarme socio de la Real Academia Española, fué una de esas tardes en que llega uno tarde a todas partes... Tan tarde llegué, que tal vez a mi tardanza se deba que en estos momentos no sea yo académico...

Lo cierto es que aquella tarde, una vez que había perdido la ocasión de entrar en la Academia y que vi que ya no era hora de charlar un rato con mi querido amigo Melquiades Alvarez, pues aquellos días discutíamos sobre la fundación y origen de Sanlúcar de Barrameda, que yo creía que se debía a un fenicio, y él decía que la fundaron los medas, que eran unos hombres que se morían por el aseo, y en cuanto llegaron a Sanlúcar dijo el generalísimo a un soldado: «Barra, barra Meda», y lo dejó todo como el oro... Aquella tarde tuve el placer de trabajar en el teatro de Romea ante la presencia de un príncipe indio, soltero, que juró por el sagrado jugo lácteo que le habían dado cuando niño, que yo hacía el indio mucho más a lo vivo que sus respetables abuelos.

Me llamó a su palco, lleno de esa ternura de los príncipes cafres, pues él era natural del corazón de Cafrería, y cayó en mis brazos emocionado; pero al ver que trataba de besarme, le rogué que se estuviera quieto, porque había gente en la sala y a mí no me gustaba dar que decir en público.

Aquella tarde fué para mí una de esas buenas tardes... (vayan ustedes con Dios), en que parece que todo se complica para darle a nuestra vida una emoción por mi-

nuto. Al acabar de convencer al príncipe de que yo no era indio, a pesar de mis felices condiciones de tocador de guitarra, me dijo mi apoderado que se nos había hundido el yate que pensábamos comprar, cuando me toque el premio gordo, y que por una pequeña diferencia en el precio no le teníamos ya en aguas de Alicante, que es donde pienso poner mi residencia cuando me den el título de profesor en partos. Yo no he sido nunca supersticioso, como tampoco he sido vizcaíno, aunque desciendo de don Diego López de Haro por parte de mi madre, que, según cuenta la historia, fué un tío con toda la barba cana cuando cumplió los setenta años de su belicosa vida, que Dios sabe cómo acabó... Yo no me meto en líos. Pero aunque no he sido de Vizcaya, aquella tarde memorable me hubiera comprometido a ser de Calasparra, con tal de no recibir tantas emociones, seguidas de un sablazo de dos duros que me dirigió a quemarropa un amigo de lo ajeno. Si dijera que tuve un momento en que me creí que yo era ultraísta... no mentía. Estaba loco de atar. Mi familia trataba de convencerme de mi impotencia para la pesca del gordo; pero no lo pudieron conseguir, y sigo en la firme creencia de que llegaré a ser dueño de un yate. Aquella tarde, que para un alma menos exquisita que la mía hubiera sido una verdadera ruina, para mí no era nada mas que un remanso en mi vida de lírico...

Lo llevaba todo con resignación, ya que soy un hombre que he leído cuatro artículos de don Eugenio d'Ors sin haberme levantado la tapa de los sesos..., aunque no juro que los he entendido. Yo soy un hombre incapaz de alabarme. Pero llegó repentinamente a mí un amigo de la niñez y me dijo con acento badajocense:

- ¡Acabo de matar a mi mujer!
- ¡¡Qué dices, animal!!
- ¡La he matado, y tengo quince hijos!
- ¡Pero, mecachis en diez!
- ¡No, hazte lo que quieras en los quince!
- Pero, ¿por qué la has matado?
- Porque me engañaba.
- ¿Y cómo lo has sabido?
- Porque me dijo el médico que cuando

volviera a casa, después de una de sus salidas, que la auscultara el corazón para ver si le latía con violencia.

Esta tarde salió, y al volver a casa la interrogué, la ausculté el corazón para ver si latía, y latía, ¡la... tía me la pegaba... y la he matado!

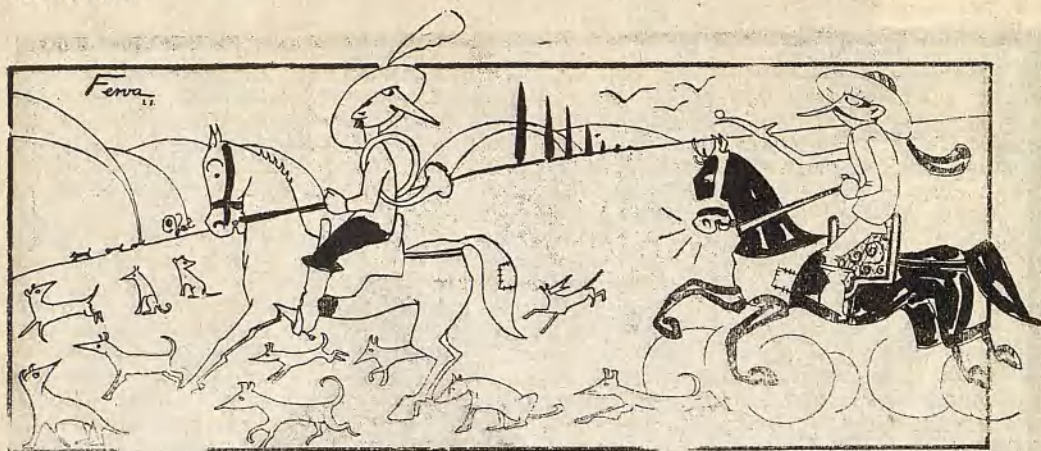
¡Aquella tarde me volví loco!

Luis ESTESO.



- ¿Y por qué te han echado de la compañía?
 —Porque dice el primer actor que hablo muy mal.
 —Pues ahora vas a hablar peor, sobre todo de él.

Dibujo de OCHOA.



—¿Tenéis cambio de una peseta, Sancho?

—¡Lo siento, don Pedro; pero me he salido de casa sin un perro!

Dibujo de FERVÁ.

ESPIRITISMO

TULITA tenía un novio a quien amaba con delirio; pero también poseía un padre que era el delirio tocante a infansigencia.

No consentía que su hija tuviese relaciones con aquel *pollo litri*, como él le llamaba. Antes prefería verla muerta.

Pero como lo que nos prohíben es lo que más deseamos en esta vida, el amor de Tulita hacia Juanito fué creciendo de tal manera, que si no rayaba en locura, le faltaban muy pocos centímetros para ello.

Tenían que valerse de mil estratagemas y combinaciones para poder hablar.

En más de una ocasión, un fiesto, lanzado por la despiadada mano del padre de su amada, cruzó veloz a pocos milímetros de la cabeza del enamorado galán.

¡Aquello no podía seguir así!

¡Huirían lejos, muy lejos, a un lugar solitario, donde sólo existiesen flores, pájaros y riachuelos que arrullasen su amor sublime!

Para ello aprovecharían una noche en que don Trifón asistiese a una sesión de espiritismo, a las que era sumamente aficionado.

Era tal la fe que tenía en esta ciencia oculta, que se pegaba con el más pintado defendiéndola.

Tulita y Juanito no veían llegar el momento de la fuga, y sus corazones se achicharraban horriblemente pasto de la potente llama de su amor.

Parecía que un espíritu desconocido y de malas intenciones había comunicado a don Trifón lo que fraguaban los tórtolos, y no salía de casa sin que le acompañase Tulita.

Hasta a las sesiones de espiritismo la llevaba consigo.

La muchacha sufría horrores con los experimentos que presenciaba, y pasaba un miedo enorme escuchando la cavernosa voz de los espíritus.

Además, su padre tenía la costumbre de convocar a los de los más afamados ladrones y crueles asesinos. ¡Y había que oír las cosas que contaban los tales espíritus!

Los dos amantes se consumían al ver que la fuga pactada no podía realizarse.

Pero un día Tulita recibió de manos de la portera un sobre que contenía un plan diabólico, ideado por Juanito.

Él también asistiría, disfrazado, a una sesión de aquéllas, y cuando apagasen la luz para que acudieran los espíritus, huirían los dos, aprovechando la obscuridad y de acuerdo con el dueño de la casa, a quien había sobornado por diez y seis pesetas.

Y llegó la noche tantas veces deseada.

Don Trifón acudió, como de costumbre, acompañado de su hija, a pasar la velada escuchando las voces de ultratumba.

Después del obligado bailoteo del velador de tres patas, fué requerido el espíritu de Casanelas. Transcurría el tiempo y no comparecía nadie, por lo que se convencieron los allí presentes que el tal individuo no existía ni vivo ni muerto.

A petición del padre de Tulita fué convocado el espíritu de Landrú, el terrible seductor y matador de mujeres.

Tardó bastante tiempo en acudir, pues, según manifestó luego, estaba conquistando a un ánima en pena que era un modelo de virtud, y, por tanto, de difícil convencimiento.

Habló mucho, pero siempre lamentándose de lo esquivo que se vuelve el espíritu de las mujeres en la otra vida.

Una vez terminada la sesión y encendida la luz, don Trifón notó la falta de Tulita.

La llamó insistentemente; pero en vano: parecía que se la había tragado la tierra.

Alarmado por aquella misteriosa desaparición, interrogó a todos y ordenó que fuese registrada la casa. Todo resultó inútil.

Presa de la desesperación, maldijo de las sesiones espiritistas e insultó al organizador de ellas, llamándole chanchullero y secuestrador.

—¡Poco a poco, caballero!—repuso éste—Aquí no se engaña a nadie y todos somos personas decentes. ¡La culpa la tiene usted por haber convocado a ese sinvergüenza de Landrú.

Y don Trifón salió de allí con el decidido propósito de volver..., pero acompañado de dos guardias.

ISIDRO THOMÉ

EL TIEMPO

Aun cuando en España—y en el Extranjero, también—corremos unos tiempos más calamitosos que un vaso de vino de diez céntimos, varias veces nos hemos sentido punzados por la necesidad de dar a conocer a nuestros píos (1) lectores algunas noticias sobre el tiempo, que tanto influye en la salud, en la agricultura y en el reuma del señor La Cierva, aunque él se las quiera echar de pollito y afirme lo contrario.

De nuestra suficiencia en esta materia puede dar razón el señor Ventosa, que, haciendo honor a su apellido, es una especie de barómetro un poco desgastado. Él no nos dejará mentir y podrá afirmar, en cuanto algún incrédulo se lo demande, que en estas lides tenemos más autoridad que un comandante de húsares de Pavía en traje de gala.

Pero vamos a meternos de lleno con nuestras observaciones, porque estamos perdiendo el título del artículo con una prodigalidad mucho mayor que la de Weyler.

Grandes lluvias amenazan a toda España. Más claro, agua. Y no crean que nuestra afirmación es mera invención de nuestra fantasía, más extravagante que un abrigo color canela, no.

Largos estudios nos han venido a convencer, con una lógica besteirana, que, en efecto, se acerca un período extraordinariamente lluvioso.

¡Pruebas al canto!

A mi vecina, Consuelo Coscoyano, que tenía unos ojos limpios como una ama de cría gallega, y serenos como un carterista, le acababan de salir dos nubes en sus ojos respectivos.

A una tía de un amigo mío, que es veterinario en Pontevedra, se le han recrudecido de tal manera unas cataratas que en un ojo tenía, que se teme que la pobre mujer ande poco tiempo con ojo, porque lo va a perder.

Los males de gota se han reproducido extraordinariamente. ¡Comprenderá el lector que, tanta gota tiene que degenerar en un chaparrón, a la fuerza!

Me parece que los anteriores razonamientos bastarán para convencer a los lecto-

res de que dentro de poco enormes lluvias se desatarán sobre España.

Eolo, por otra parte, también se va a portar con una crueldad abdelkrinesca con nosotros.

Dentro de pocos días, leves brisas, que luego se tornarán en gimientes vientos, para terminar en furiosos vendavales, han de llenar de dolor y de aire las tres cuartas partes de la península.

Hacemos semejante razonamiento fundándonos en que la cosecha de ese delicioso vegetal que se llama judía ha sido este año muchísimo mayor que la de años anteriores.

No tomen a chacota nuestros lectores tan barata afirmación y hagan el favor de fijarse un poquito. En cuanto comiencen a ponerse en circulación las precitadas judías, los vientos arreciarán sobre España, volcando sobre ella sus iras rugientes.

En general, el tiempo que se nos avecina va



FL.—Por allí va mi abuela.

ELLA.—¿Es más vieja que tú, verdad?

Dibujo de DE DIEGO.

(1) Aquí no se acaparan las adjetivos. Otro escritor, en nuestro caso, no hubiera dicho ni pío.

a ser desastroso. Aquel dicho inglés que afirma que «el tiempo es oro», ya a quedar completamente desmentido por otro de nuestra exclusiva



No me explico cómo teniendo tanta pasta se mete a vendedor ambulante.

Dibujo de FERVÁ.

invención, que rezará: «El tiempo no vale ni pizca.»

Por la parte del Norte, algunas sacudidas sísmicas turbarán la tranquilidad de los pacíficos ciudadanos; pero esto no tiene nada de particular, porque ¿quién, poseyendo una leve cantidad de dinero, no se ha «sacudido» algo, aunque sólo fueran unas copas?

Estas son nuestras observaciones. Quien no las crea, compúlselas con las del Observatorio Astronómico y quedará convencido de que somos más listos que un muchacho que a los siete años sepa la raíz cuadrada.

Ahora, lo que rogamos al lector es que guarde con extremo cuidado este número de LA RISA, porque, de no hacerlo, con él perdería «El tiempo».

NARCISO DEL JARDÍN

AL REDEDOR DEL GRAN MUNDO

DE VERANEO

HAN salido:

Para Cabezón, el señor Alvarado.

Para Palacios de Goda, el consecuente ex republicano y orador-cotorra, don Melquiades Alvarez.

Para Torre vieja, la notable actriz María Palou.

Para Calzada, la gentil cupletista «Chelito».

Para Viana del Bollo, doña Gloria Laguna.

Para La Porqueriza, don Valeriano Weyler.

Para Tomares y Cascaes (Portugal), don Antonio de Hoyos y Vinent.

Para Cabeza del Buey, el señor Retana.

Para Alhama, el Obispo de Madrid-Alcalá.

Para Leganés, el Marqués de Villaviciosa de Asturias.

Para Carabaña, don José Francos Rodríguez; que piensa hacer otro viajecito de estudio por América y quiere limpiar los fondos estomacales, bebiendo el agua directamente, del mismo manantial.

Y para Jauja, don Juan de La Cierva.

A todos le deseamos muy feliz viaje y un sin fin de esparabanos y carbunclos en la médula espinal.

UNAS NOTICIAS

Ha fallecido en el tranvía de estaciones y mercados, número 100, a consecuencia de una indigestión de remolacha, el excelentísimo señor Duque de Peña Lara, persona muy estimada en los lavaderos del Arco Iris, y apreciadísima por

todos
viven e
quina.

A su
mos el
particu
Brocas
tambié
mismo

Por
licencia
beles,
Ceboll
de Tre
queses
de sobr
huele e
llero O
te», cor
y peco
Mil e

El il
rez de
tinúa l
secuen
un ser
«La M
guardi
Que
una ve

Gran

S
to
re
re
no

Tiburo

Se e

todos los congregantes del Santo Entierro que viven en la Prosperidad y saben coser a máquina.

A su atribulada y distinguida familia enviamos el testimonio de nuestro sentimiento, y en particular a nuestro querido amigo don Manuel Brocas, que conocía de vista al finado, le damos también el pésame más jovial y le felicitamos al mismo tiempo por tener glucosa en la orina.

Por la Dirección de Penales se han concedido licencias para bañarse en el estanque de La Cibeles, y contraer matrimonio, al conde de Casa-Cebollino (hijo de unos pescaderos de la calle de Tres Peces), con la hija menor de los marqueses de Pola de Lena, que ha obtenido la nota de sobresaliente en el segundo año de solfeo y le huele el aliento a pozo negro, y al popular novillero Cirilo Argamasa, alias «Cabeza de volquete», con doña Claudia Pérez, profesora en partos y pecosa de viruelas.

Mil enhorabuenas.

El ilustre prócer don Recaredo Segundo Pérez de Machuca, marqués de Barro Santo, continúa luchando entre la vida y la muerte, a consecuencia de una formidable paliza que le dió un sereno en la verbena del Carmen, por cantar «La Marsellesa» en voz falsete y morder a un guardia en el epigastrio.

Que se mejore cuanto antes, o que reviente de una vez, es nuestro deseo.

BLAS-KITO

BAÑOS

Gran Piscina. Tiburón, 6 y 8, solar.

Se alquilan sábanas, bañadores, toallas, corchos, escafandras, aparejos para pescar, botes y vapores. Hay cangrejos, muchos atunes y merluzas. Pitos de alarma para casos de asfixia.

Tiburón, 6 y 8. Economía y aseo.

Se enseña a nadar y guardar la ropa.



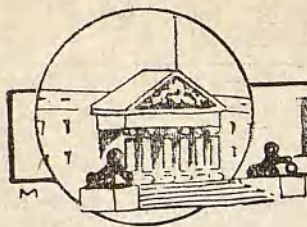
—¿Tienes una prima?
—Sí; pero está con un golondrino.

Dibujo de HERMÚA



—¿Qué te ha dicho ese joven?
—¡Oh! es muy galante. Me ha dicho que antes de conocerme, para él la vida era un desierto.
—¡Sí, ya se conoce: baila admirablemente el paso del camello!

Dibujo de ELEJOTA.



La Risa y la política



La tertulia de los veintinueve o el chasco de don Benito.

HABRÁ algún infeliz que crea que los diputados que forman la Comisión de las Responsabilidades están sudando por sus trabajos de una forma tal, que ellos solitos van a resolver con su sudor el problema de la escasez del agua. Pues, nada de eso ocurre. Yo también lo creía. Pero, ¡ah!, la fatalidad, en forma de persona y con barba, me deshizo de mi error. Véase cómo:

Discurría un servidor de ustedes, para lo que gusten mandar, sobre todo si son billetes de cinco duros, por el Alcázar de la Frescura—vulgo Palacio del Congreso—, aunque yo por allí acostumbro a discurrir muy poco—ni por allí ni por ninguna parte, esto es un decir—, cuando vi penetrar a un señor muy bien trajeado, con chistera y levita y una cara larga y seria, en la cual reconocí a uno de estos señores que no se ríen ni por casualidad, y que, en caso de haber alguna vez oposiciones a la plaza de «coco» de los niños, no dudo que se llevaría el cargo por unanimidad.

El hombre, que no conocía aquellos parajes, se dirigió inmediatamente al ujier de guardia, que cubría sus desnudeces con un elegante pijama, color mermelada de ciruela, al cual le interrogó de la siguiente manera:

—La Comisión de las Responsabilidades, ¿me

hace usted el favor de decirme dónde se reúne para sus estudios?

—Siga todo ese pasillo—contestó el ujier—, y en el merendero del *Cojo* los encontrará usted.

—¿En el merendero del *Cojo*?—volvió a preguntar el caballero, todo extrañado.

—Sí, señor; allí.

—Pero, por ventura, ¿una Comisión tan respetable se reúne en un vulgar merendero de la Bombilla?

El ujier no pudo contener la risa, y la soltó al mismo tiempo que le preguntaba:

—Pero, ¿el señor no conoce esto?

—No; es la primera vez que vengo.

—Acabáramos; ya me extrañaba a mí tanta preguntita. No se reúnen en la Bombilla: es aquí, en el bar del Congreso donde se dan cita.

—¿Y cómo es que al bar del Congreso le llaman el merendero del *Cojo*?

La razón es muy sencilla. Como su fundador fué Romanones, y el pobre tiene tan mala pata, vino un diputado muy chistoso, y figúrese usted lo demás.

—Ya, ya—contestó el caballero, o sea don Benito, como le llamaremos desde ahora.

Don Benito estaba absorto; él que creía, allá en la rigidez de su alto cargo, que el Congreso era más serio que un funeral de diez pesetas, resultaba que eran capaces de tomarle el pelo hasta al mismísimo *Gallo*.

En estas consideraciones se encontraba nuestro hombre, cuando el ujier penetró en el merendero a anunciar a la Comisión que un caballero deseaba informar ante ella.

Estas palabras produjeron en los diputados la misma impresión que si les hubieran dicho que el Congreso había comenzado a andar con rumbo desconocido.

Los pobres hombres que allí se sacrificaban por la Patria—por lo menos ese cuento contaron a sus respectivas esposas antes de embarcarlas con destino a la playa—, habían constituido una muy tranquila República de la Broma, donde unos jugaban al «mús»; otros, «bordaban» un tabaquillo con su «socia» de turno, y quién apuraba un vaso de vino, que estaba apuradísimo, el vaso, no el diputado.



—¡Chico, me pareces de la familia de los simios!
—¡Lláname a mí lo que quieras; pero no te metas con mi familia!

Dibujo de MAXIDE.



—¿Usted se ha fijao lo que tarda en morir ese señor del entresuelo?

—¡Ya ya! No se parece a mi pobre marido, que murió en un segundo

Dibujo de MIJANGOS

Comprenderá, por tanto, el lector la hecatombe que se armó ante el anuncio de tal visita.

Aquello parecía una Universidad por las carreras que se comenzaban y se acababan, y hubo quien, en la confusión por ponerse la americana, quiso ponerse a una señora que era americana de Alpaca (Estados Unidos).

Se restableció el orden; se restablecieron las chisteras a sus respectivos meollos; pusieron los veintiuno cara de cadáver, y pudo, por fin, don Benito penetrar a prestar su interesante información.

Nuestro héroe, por todo saludo, soltó un discurso que se traía embotellado, que dejó patidifusos a los de la Comisión.

El presidente no sabía qué hacer: estaba indeciso entre tirarle una banqueta o tirarle una mesa. Por fin optó por invitarle a «peleón»; pero el otro le dejó helado—que ya es dejar en estos tiempos—con las palabritas de que él era un caballero muy morigerado en sus costumbres.

Entre los diputados cundió el desaliento y cundió el sudor hasta hacer charco. Quién más, quién menos, veía malograda la cita con la mujercita responsable de sus locuras.

Mientras tanto, don Benito seguía hablando; menos mal que el presidente, muy fino, le mandó callar.

—¡Luego, luego nos contará usted todo eso!

—¿Y por qué no ahora?

—Es que ahora tenemos necesidad de hacer una inspección ocular en casa de esta beldad.

—Tiene razón, tiene razón—contestaron los demás a coro.

—¡Anímese, don Benito, que es muy mona!

—¡Caballeros! Si es por la Patria, me sacrificaré y hasta iré a cualquier antro del vicio, aunque mis costumbres me lo impidan, ¡Oh! ¡En qué trances nos ponen los culpables del desastre!

Y los veintiuno, mas don Benito, desfilaron alegremente, sacrificándose por la Patria.

¡Caray con los sacrificios! ¡Así cualquiera no se sacrifica! ¿Verdad, lector?

VALENTÍN LOSMOZOS

BODA TRÁGICA

TACHUELAS y Sacapuntas eran dos indios auténticos, cuyo motivo no impedía que fueran—y lo eran a carta más que cabal—dos sinvergüenzas mayúsculos.

Tachuelas, que había sido novio de la india Zupitamba, la cual aquella misma mañana contraía matrimonio con Eustaquio—un tendero indio más rico que los sorbetes de fresa—, ofreció un cigarrillo a Sacapuntas, y luego, arrojando el humo por la nariz, le dijo:

—Tú sabes, amigo Sacapuntas, que hoy se casa Zupitamba con ese animal de Eustaquio.

—Lo sé y me choca, pues el novio de la chica eres tú.

—Lo era. Ya no lo soy. Los padres de Zupitamba, que son unos ansiosos, obligan a su hija a casarse con ese tendero bestia y rico.

—Lo mismo que ocurre en muchas novelas y comedias. ¡Es toda una canallada, Tachuelas!

—¡Y tanto! Como que pienso vengarme. A mí, el que me la realiza me la hace efectiva. Ya me conoces.

—Claro que te conozco.

—Te he llamado para que me ayudes en mi venganza. Si me ayudas, cuenta con diez duros y con una cena de cinco cincuenta.

—Cuenta conmigo.

—Cuento.

Los dos indios se dieron un abrazo, encendieron otro cigarrillo y salieron andando... con los pies.

Preguntó a Sacapuntas, que llegaba sudando a mares:

—¿Qué hace ahora la novia?

—Deja que respire, Tachuelas.

—Respira, Sacapuntas.

—¡Ya! La novia, en estos momentos, se está dando una ducha de sopa de hierbas, y luego, según es costumbre, se dejará peinar por una gorda peinadora recién venida de Getafe, que, con su acostumbrada maestría, la friccionará los cabellos con miel de la propia Alcarria.

—Y de lo otro, ¿qué hay?

—Todo marcha sobre vaselina. Tengo el chico preparado. Los novios, después de la ceremonia, con todos los invitados, irán al merendero de Panduro, pues allí el padrino ha *encargao* mil cuatrocientas raciones de sopa de ajo y seiscientos kilos de orejas de españoles rubios, altos y aragoneses.

—¡Canallas! —rugió Tachuelas—. ¡Juro que les harán daño las orejas! ¡¡Brrr...!!

—No te pongas nervioso, que estás muy feo.



Los novios, sentados sobre el tronco de un árbol, escuchaban al indio que los iba a casar. Un gentío enorme contemplaba la escena; algunas personas, hartas ya de presenciar uniones, se cortaban el pelo...

Un indio pequeño y jorobado, cuyo cuerpo cubría una levita confeccionada con alas de cerdo marino, hacía de monaguillo.

El cura, muy serio, y no cesando de tocarse las narices, iba diciendo:

—Zupitamba—a la novia—: obedecerás a tu marido y procurarás limpiarle el calzado y sacarle el abono de los toros *toas* [las temporadas. Y nunca olvides remendarle los calzoncillos y ayudarle a conquistar señoras. Cuando te apalee, callas, y canta y no llores, aunque echas espuma por la boca. Palos, él; pues espuma, tú. Que las palizas no pasen de ser algo así como el palo de jabón... ¿Entiendes?

—¡Güü!—contestó la novia en francés.

—¡Toma!—y el cura dióla un golpecito en la barriga.

El monaguillo sacó la lengua y mató dos moscas.

Luego el cura, dirigiéndose al novio, dijo:

—Eustaquio: vas a casarte, casi a suicidarte.

—La *chipén*, señor presbítero.

—Calla y escucha: las mujeres son *mu* bestias. No tienen sentido común ni vergüenza legítima. Quedas sobre aviso. Por eso, por lo bestias que son las pobreçitas, es necesario que aprendas a dar patadas clase extra, pues sólo con coces lograrás dominar a la burra de tu

esposa. No la mimes. Cuando te pida caramelos, si te los pide, la das arsénico o vitriolo con café, y cuando te pida un roscón de Reyes, la das sólo la sorpresa, que bien puede ser mandarla al Depósito judicial.

Continuó el cura hablando, hasta que terminó... Después, en medio de la plaza y de un ruido ensordecedor, se celebró la unión. Los novios tenían caras de primo, y los invitados unas ganas locas de ir al merendero.



Eu el merendero corría el vino y reinaba la alegría.

Cuando mayor era allí la animación, aparecieron Tachuelas y Sacapuntas con un niño que, bien aleccionado por ellos, se abalanzó sobre el novio, gritando:

—¡Papá! ¡Papá! ¡«Tómpame» un «taballo» de «calne»!

Surgió la tragedia.

Se accidentó la novia, y sus padres querían comerse al novio.

—¡Bandolero! ¡Tenía un hijo!

—¡Ladrón!—berreaba la madre.

—¡Dejadme que me lo meriende!—aullaba el suegro.

Y el pobre novio, que no había tenido en su vida ninguna relación amorosa, sentíase morir al verse padre de repente y al ver su boda deshecha.

Tachuelas y Sacapuntas refán, refán...

Y en esto estaban cuando llegó la madre de aquel niño que llamaba a Eustaquio papá, loca, desesperada y alborotando a más y mejor. En cuanto vió a Sacapuntas, que era el que había robado el niño, intentó sacarle los ojos con unas tenacillas. Y digo intentó, porque se contuvo al ver a Tachuelas, que se había quedado blanco como un merengue.

Aquella mujer era la Petra, con la que Tachuelas había tenido aquel niño, que, ignorando fuese hijo suyo, le acababa de servir para vengarse.

La batalla que allí se armó no hay pluma que pueda describirla. Sólo diremos, para que el lector se haga una pequeña idea, que el pianillo del merendero quedó reducido a polvo, y que de un camarero que intervino en la refriega se encontraron noventa y dos pedazos, que, unidos perfectamente, hacían medio mozo nada más.

NICOLÁS DE SALAS

METEMPSICOSIS

EL ALPINISTA.—Si es verdad que volvemos a nacer, procuraré nacer mono.



Dibujo de TONO.



DESDE LA CONCHA DEL... APUNTADOR

Diálogos a la moda o «poutpourrit».

(La escena entre cómicos, autores y periodistas, en lo que por eufemismo llamaremos terraza de «Savoia». No describiremos el lugar por no hacerle el reclamo al dueño del café.)

—¿Qué tal es eso de Maravillas?

—¿El *¡Hay que ver! ¡Hay que ver!*? Pues, peor que *La montería*.

—¡Imposible!

—Dicen que está muy en su papel Casals.

—Claro. Hace un guardia.

—A propósito de guardias. Ya tenemos otra vez policías y ladrones por obra y desgracia de Rambal, y esta vez en el Centro.

—¡Así están los teatros! Y nosotros sin contrata.

—¿Habéis leído *La Opinión*?

—No. ¿Se mete con el Sindicato?

—No, hombre. ¡Qué majadería! Le hace una entrevista a Vera Wratislara.

—¿La que le ha «quitao» las ganas de hablar a un príncipe que no se sabe de dónde es?...

—La misma. Ha debutado en la Latina y ha gustado tanto como *Dora la Cordobesita*.

—Ya es gustar.

—¿A qué no sabéis lo que le agrada más al público de provincias, según los sueltos oficiales de la Empresa Fernández Foronda?

—¿La Empresa que menos «sabe» de teatros y que lleva perdidos cien mil duros por rodearse de gente inepta?

—La misma. Pues el mejor cómico y la mejor comedia, según los aludidos sueltos, son dos chaqués ribeteados y un chaleco blanco del señor Asquerino.

(Hay un escándalo de risas tal, que se asusta la gente en la calle y se detienen tres o cuatro vehículos. Luego prosiguen... la charla, no el escándalo.)

—¿Qué me decís de los estrenos ofrecidos por la Empresa de los Jardines del Retiro?

—Que *La estrella errante*, mal presentada y malo el libro y mala la partitura, no convenció. Ni nos convenció Victoria Pinedo, criatura escultural; pero vestida con un gusto tan pésimo, que sólo es comparable al de la característica de la compañía, a quien el público debió silbar por pornográfica. ¡Miren ustedes que aquellas medias verdes!...

—Ya que habláis de verdes... La otra madrugada nos encontramos en la plaza de Canalejas a la citada Pinedo y a don Tirso G. Escudero.

—Hablando de otra cosa: ¿a ver quién acierta lo que va a pasar en el Rey Alfonso?...

—Pues que *tal varez* se tiren el planchazo un par de señores.

—Eso *lom vía* yo venir.

—Esta vez *los ha da...* o lo mismo.

—¿Y quién se queda con el teatro?

—Los propietarios de la finca.

—¿Por qué?

—Por expreso deseo suyo, y, además, porque han pagado el traspaso.

—¡Olé! Lo que me alegro yo que le quiten el tipo a los que presumen.

—Oye, tú: ¿de quién es aquel puro tan grande?

—De Benavente.

—¡No! Aquél que llega hasta aquí desde lo alto de la calle. Viene por Calatravas, lo más cerca.

—Ya sé de quién es. De Martínez Tovar, que es el amo de los buenos puros, de los brillantes *fetén*, y que apenas ha pedido el primer cofiac en Fornos ya tiene formada la compañía y hasta obras.

—¡Chist!

—¿Qué pasa?

—Ahí entra Doval, el abogado de Fraga.

—¡Pobre don Isaac! Le han preparado una encerrona... Y fíjate que hay los millones de don Olegario por medio.

—¿Crees que lo hecho sea por halago y captarse confianzas?...

—No sigáis hablando.

—¿Por qué?

—En la mesa de al lado, escuchándonos y tomando café y notas, está...

—¿Quién?

—...

Y la reunión se deshizo.

TELÓN

JUAN DEL HUERTO

VERSOS DE HOY

PARODIA ULTRAISTA

Carnaval.
Fantasmal.
Arlequín llora vino
y Pierrot aguarrás.
Suenan un beso.
Embeleso.
Colombina se ríe
y se quiebra.
¡Es cristal!

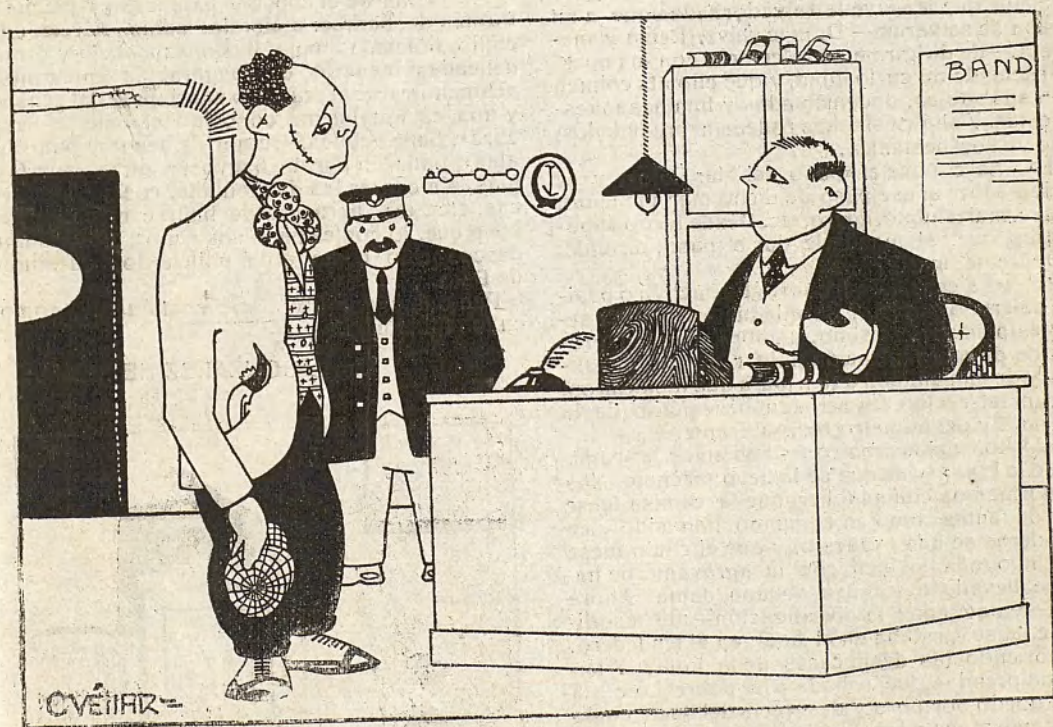
Serenata.
Pandereta azul y plata.
Guzla de oro y escarlata.
Coplas de color de vino
y de ajeno. En el camino
me quisiste
y me olvidaste.
¡Mal hiciste!

Juego de naipes.
Juego de amor.
Cartas y cartas
sin dirección.
Llegan. Se abren.
Se leen y se contestan
o no.

Reír, reír, reír...
Dientes de oro en boca de cristal.
Lo mismo hace el reptil
borracho de champán
que fía en el porvenir...
¡Já, já, já, já!...

Has perdido el pañuelo de Manila
que te compré en la feria...
¡No lo sientas!
Más ha perdido él.
Tú tendrás otro; pero
¿tendrá él otra Manuela?

M. S. P.



- ¿Qué edad tiene usted?
—Veinticinco años.
—¡Caramba, pues hace cuatro años que también fué usted detenido y tenía la misma edad!
—Sí; pero, mire usted, señor Comisario, yo no soy de esos hombres que hoy dicen una cosa y mañana otra.

Dibujo de CUÉLLAR.

AVERIGUADOR UNIVERSAL

LA Historia es una grande y petulante parlanchina, que pretende y alardea saberlo todo y contarlo todo, y luego sabe lo que cada hijo de vecino, y cuenta lo que puede y... quiere. Vamos al decir, que «unas veces se pasa y otras no llega», que leí en Sófocles o le oí a un arriero, no me acuerdo bien en este momento. Así, en cosas baladíes, sin transcendencia, tales como el descubrimiento de América, la Reconquista y otras similares, desciende a un detallismo de asiático lujo, cuando con consignar sintéticamente el hecho creo que iban peño muy bien servidos; en tanto que sobre otros de una importancia que, vamos, ¡para qué les voy a ustedes a narrar!, pasa como los rayos del sol por el cristal: sin romperlo ni macularlo (es más fino y viste mejor «macular» que «manchar»).

De aquí resulta que el curioso, rayano en la impertinencia—como el que besa a ustedes la suya, «cabalieres», y sus pies, de hinojos, oscula, madamas y «gírlas»—, ha de pagar su impertinente curiosidad de una manera cruenta, dantesca, cual la de quedarse sin saber ni una «uve doble» más—no siempre ha de ser una «jota», sobre que yo detesto a Terpsícore—, del trascendentalísimo hecho que pica su curiosidad como voraz chinche o hidrófoba pulga.

Salve que le salve la salvadora idea que a mí acaba de salvarme—¡Dios te salve, Reina y madre!...—de dirigirme a los lectores con la impertinencia de mi curiosidad, y que ellos la colmen con sus sabias, documentadas y luminosas respuestas. Y allá va sin más rodeos ni preámbulos, que ya son bastantes.

1.^a Se conoce el «paso del Mar Rojo», y se desea saber si ese paso de dicho mar fué lento, grave, majestuoso, ligero, etc. Desde luego suponemos que, al mandarle dar el paso, diríanle: «¡De frente, mar!»

2.^a «La escala de Jacob». ¿Fué activa o pasiva, abierta o cerrada? Para la historia militar sería esto importantísimo, y ahora, con los proyectos de reorganización militar, de una actualidad y de una utilidad que... ¡para qué historiaros! Quien tal esclarezca sería un benemérito de la Patria... y del ministro reorganizador.

3.^a Los viejos cronicones hablan de la «camisa de la Lola», y de que se la llevó un chulo. Nos conformamos con suponer que la camisa fuese una de tantas como en el mundo han sido y en lavaderos se han expuesto, y que el chulo fuese un chulo más, si bien con la agravante de haberse llevado la camisa de una dama. Ahora bien—y aquí entra la investigación—: la susodicha camisa, ¿estaba en el baúl, en el tendedero, o cubriendo las desnudeces de la Lola? Y tan íntima prenda, ¿fué robada a la pobre Lola—la cual quedó por obra y desgracia del buen chulo sin camisa que ponerse—, o fué regalo de ella, prueba suprema de un magno amor, o le fué arrebatada violentamente de su persona, que quedó, por ende, en el más paradisíaco de los aspectos?

¿Puede alguien hacer luz sobre tan transcendental materia?

4.^a ¿En cuánto tiempo se ganó Zamora?—Desde nuestra más tierna «infantería»—si de pequeños somos infantes, esa edad debe llamarse «infantería» y no infancia—, estamos hartos de saber que «Zamora no se ganó en una hora». Pero nadie ha dicho en cuántas. ¿Alguno de ustedes lo sabe?

5.^a Como tampoco sabemos para la Pascua, o la Navidad de qué año vendrá «Mambrú», que se marchó a la guerra hace tiempo. Y esto les tiene muy intrigadas y preocupadas a las niñas, que apenas se reúnen en paseo; ya están formando corro y suspirando a coro:

«Mambrú se fué a la guerra,
no sé cuando vendrá;
si será por la Pascua
o por la Navidad.»

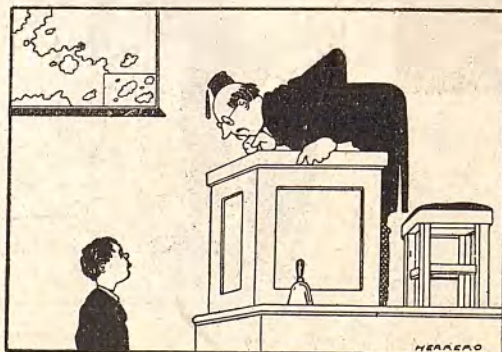
El que lo sepa que lo diga. Para que se calmen las ansias y las inquietudes de esos tiernos corazones.

6.^a También si alguno tiene noticias de la «salud de Sicilia» le pedimos muy encarecidamente que nos las comunique. Hemos sabido de su pasmo: «El pasmo de Sicilia»; todos los periódicos lo dieron en sus crónicas de sociedad. Y a nosotros nos interesa muchísimo; es persona muy estimada en esta jocunda Redacción.

7.^a «Batirse el cobre». Conocemos muchas formas de batirse: a pistola, sable, florete, cuchillo, bofetada limpia, bastonazo sucio y otras delicadas maneras de rasgarse la epidermis, achinchorrarse el cráneo o suprimirse del censo; y nos es igualmente conocido el batir el «record», batir palmas, «rumor de besos y batir de alas», batir un par de huevos, y otras baterías más, sin contar las de montaña, cocina, eléctricas, etc., etc.; pero eso de batirse el cobre, es cosa que, lo confesamos sin rubor, nos es tan desconocido como a la policía los asesinatos de Dato.

Punto final por hoy. «Se continuará», como en los folletones.

LUCAS GONZALEZ HERRERA



—¿De modo, que no sabes quién es un delincuente? Vamos a ver: el cobrador de un Banco se escapa con diez mil duros, ¿qué es ese hombre?

—¡Un vivales!

Dibujo de HERRERO.

CRIADAS MAL CRIADAS

JERÓNIMA y Cirila son cocinera y doncella, respectivamente, del bizarro coronel don Marcial Bombarda, que está en el retiro desde la Independencia. Las dos «menegildas» siempre andan en guerra por quitarse allá ese estropajo, y desde el amanecer hasta que Dios quiere, el escándalo es insuperable. A la hora crítica de la siesta, de repente surge una solfa álgida futurista:

—¡Boom... plaf! ¡Sinvergüenza, ladrona! ¡Zás, zás! ¡Ay! ¡Fea, camella, elefanta!... ¡Abdelkrima! ¡Terrorista!...

En su despacho, don Marcial gruñe como un mastín.

Doña Paz, el ama de la casa, corre a la cocina, dejando la empezada madeja y con el alma en un hilo:

—¡Pero, chicas! ¿Siempre habéis de estar de pendencia?

—Es ésta, es Jerónima.

—No, señora; es Cirila.

—Jerónima, que es una puerca.

—Cirila, que es una mula de vara.

—¡Yo tengo tanta educación como tú!

—¡Y yo como tú!

Doña Paz pronuncia conciliadoras frases por no amargar más la bronca.

Y, al fin, ambas rivales deciden no hablarse una palabra más en su vida.

—Eso será mejor —termina doña Paz, harta de tanto estruendo.

No hablarse dos mujeres... ¡Sería el ideal!

* * *

En la mesa:

—Cirilita dice la señora—, ¿está el bacalao a la *Pompadour*?

—Sí, señora.

—¿Y qué haces que no lo traes, hija?

—Ya sabe usted que no le hablo a la cocinera.

—¡Pero qué animal!

—Sí, señora; Jerónima es un animal.

Por no dar espectáculo, tiene que levantarse la señora y servir el abadejo Luis XV.

El señor que está invitado hoy se asombra.

Don Marcial gruñe como un mastín.

* * *

En el gabinete:

—Doña Paz...

—¿Qué quieres, Cirila?

—Jerónima no debiera estar a su servicio.

—¿Por...?

—Por...

—Habla.

—¿Cuánto le ha dicho a usted que costó el solomillo?

—Cuatro pesetas veinte céntimos.

—Pues, no; han sido tres pesetas menos una perrucha.

—¿...?

—¡...!

—¿¿...??

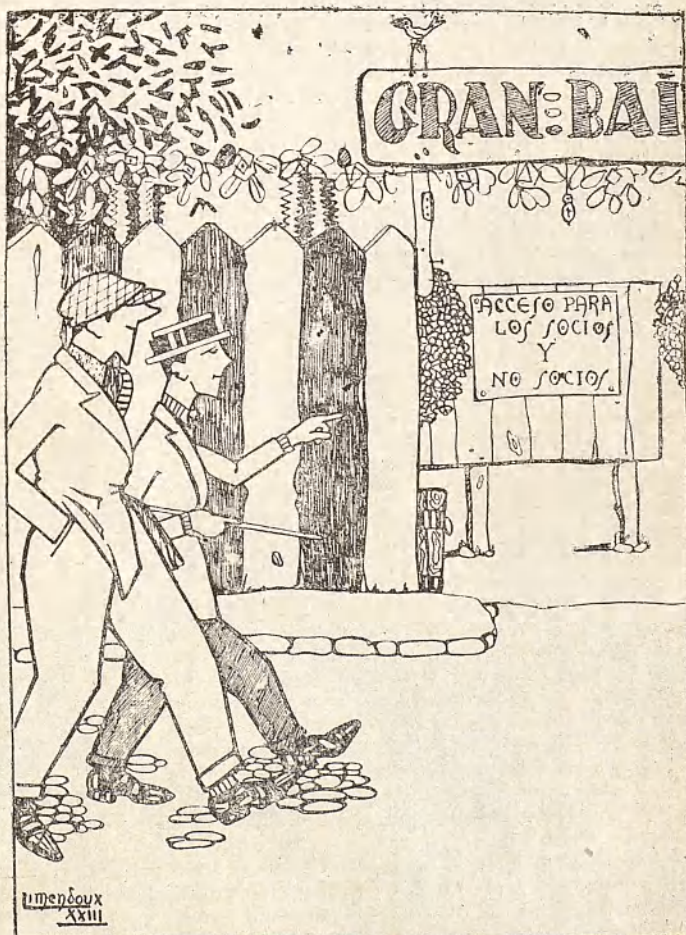
—¡¡...!!

—¿Es cierto, Jerónima, lo que me ha contado Cirila?

—Cirila es una infame.

—¿Pero es cierto?

—Que no, señora. En cambio, regístrela usted a ella el baúl y verá que la marca de sus camisas lilas coinciden con el nombre de usted,



—A ese cartel debían darle algo para el catarro.

—¿Por qué?

—Porque... es un acceso de «tós».

Dibujo de LIMENDOUX.

—¿Qué me dices?

—El evangelio y la *dotrina*. Y las señales del cubrecorsé vienen justas con las de las camisas de su esposo.

Doña Paz clama; luego medita, y, pasado el efecto, cree que la rivalidad de las sirvientas le es ventajosa al fin; que, acusándose la una a la otra, ya no pueden hurtar. Y don Marcial, en su despacho, al saber estas cosas, gruñe como un mastín.

Doña Paz murmura:

—Mi jaqueca se agrava. Pero riñan, riñan, y no me saquearán desde luego.

* * *

—Doña Paz, ¡qué infamia! ¿No sabe usted lo que dice Cirila?

—¿Qué, Jerónima?

—Que usted es una... Si usted tiene dignidad debe despedirla en el ato. Se lo ha dicho al carbonero, al zapatero, a la portera...

—¡Qué iniquidad! Señora: la Jerónima a da propalando que su esposo de usted, el bueno de don Marcial, tiene una... ¡Ya usted ve... a sus años! ¡Qué ridículo! ¿Verdad? Y se lo ha contado al barbero, al del café, a la modista.

—¡Jesús que par de fieras!

—La modista y ella, ¿no? Cierro que son dos fieras.

Y nueva trifulca en la cocina. Rumor de platos y batir de insultos... Mas las murmuraciones llegan a contrarrestarse y anularse. Y la jaque-

ca de doña Paz se agudiza; pero mientras haya peloteras entre las fámulas, los señores vivirán en paz...

* * *

Pero un día... Tremebundo día, ¡vive Dios! Un día las dos criadas hacen sus paces. ¡Y horror! Comienzan a encarecer los comestibles (como ocurre en todo armisticio); comienzan a faltar toallas, enaguas, zapatos usados... Comiéntase a susurrar en la calle que si el coronel tiene sus embrollos y la coronela sus devaneos...

Don Marcial gruñe, ladra como un mastín. Y surge el despido por partida doble y con estrépito.

Última bronca y tirones de pelo entre las dos fieras corruptas o tarascas del servicio doméstico. Y mutis por el foro.

* * *

Paz arcadiana:

La señora lava sus prendas cantando el «¡Ay que ver...!»; don Marcial gruñe como un mastín, pero se lustra sus botas y sus polainas históricas. Y son patriarcalmente felices.

Y en «Bolsa del Trabajo», de A B C, aparece una clara mañana este expresivo anuncio:

«No se admiten criadas.

Cubileteros, 4, principal derecha.»

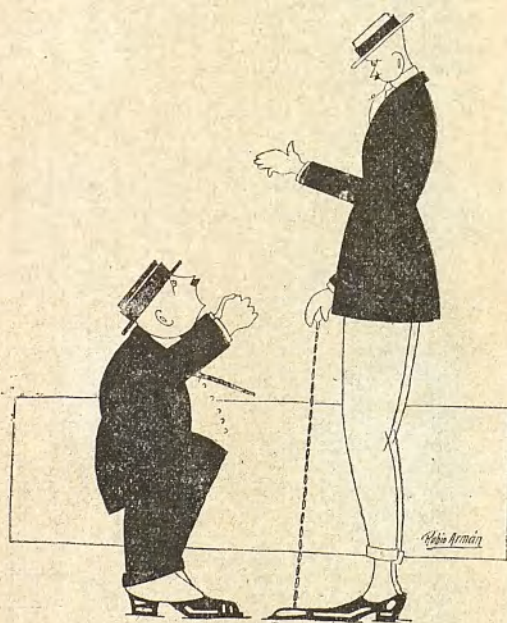
José BRUNO



—¿Usted gusta?

—¿Con esta cara?, ni pizca, desgraciadamente.

Dibujo de GALINDO.



—¡Yo soy un hombre muy honrado, y puedo decirlo más alto que usted!

Dibujo de ARMÁN.

MATATIEMPOS

Las soluciones sólo se admitirán hasta el último día del mes a que correspondan, a las doce de la mañana.

Soluciones

a los matatiempos publicados en los números 33, 34, 35, 36 y 37.

- Números
1. —Gadete.
 2. —Redondo.
 3. —Sicallpsta.
 4. —¡Anda tu tía!
 5. —Murillo.
 6. —Saltarín.
 7. —Cuchara, cuchillo y tenedor.
 8. —Atado.
 9. —42.950.
 10. —Es de género inglés.
 11. —En Hacienda hay 100.
 12. —A la una, a las dos y a las tres.
 13. —Pino.
 14. —Espía.
 15. —Cereza.
 16. —Cleno.
 17. —Canibal.
 18. —Galvano.
 19. —Tabaco.
 20. —Senén.
 21. —La vuelta al mundo por El Cano.
 22. —«Pues señor...: érase en un pueblo de Andalucía, en el cual había un hombre, con grandes pretensiones de torero.—Un día de los de feria, no hace muchos meses, toreó en la plaza del pueblo; pero con tan mala pata que estuvo en un soplo que no fuese a parar al cementerio, y menos mal que sólo perdió unos cuantos dientes y media nariz.—Días después, decía sumamente dolorido: ¡Y pensar que a un aficionado, casado con una mujer como la mía, puedan hacerle tanto daño los cuernos!»
 23. —Encarcelar.
 24. —Mentira.
 25. —Sobresiente.
 26. —Piropos.
 27. —Sobresaliente.
 28. —Resalta.
 29. —Veinte en bastos.
 30. —Casó la negra.
 31. —Dobleces.
 32. —Rebajar los precios.
 33. —Cubrecorsé.
 34. —Sobresaltar.

Números 35.—La cacería.

- 36.—Cómico.
- 37.—Cinematógrafo.
- 38.—Solomillo.
- 39.—Peñas arriba, peñas abajo.
- 40.—Ochoa.
- 41.—Transmisión.
- 42.—Fuencarral.
- 43.—Pelee.

Han remitido soluciones exactas a más de diez matatiempos los señores siguientes:

D. José Rubio, de Zaragoza.
Francisco Varea, de Pozuelo.
Estebán Díez, de Astorga.
Emilio Rífor Melgar, de Madrid.
Heriberto González Cala, de Málaga.
Severiano Iglesias, de Madrid.
Telesforo Palomeque, de Algeciras.
Rogelio T. Puyuelo, de Madrid.
Andrés Gregorio Mazas, de Barcelona; y
Vicente García Guzmán, de Madrid.

Ha correspondido el premio de VEINTICINCO PESETAS a D. Rogelio T. Puyuelo, por ser el que mayor número de soluciones ha remitido, pudiendo recoger el importe en esta Administración de diez a doce de la mañana, previa la presentación de un carnet o documento que identifique su personalidad.

ADVERTENCIAS IMPORTANTES

Cada matatiempo deberá venir acompañado de un cupón. De no ser así se pierde el derecho a cobrarlo, aunque se publique.

No se sostiene correspondencia sobre estos trabajos ni se devuelven los originales.

Las soluciones sólo se admitirán hasta el último día del mes a que correspondan, a las doce de la mañana.

Diríjase toda la correspondencia al apartado 7.002.

Tp. Yagües.—Madrid.

LA RISA



—¿De modo que vosotros no salís a ninguna playa este año?

—No; tenemos baño en casa.